

DISTINCIONES SEXUALES Y RELACIONES DE DOMINACIÓN EN LAS SOCIEDADES DEL PRIMER MILENIO A. D. EN EL VALLE DE SANTA MARÍA

MARÍA C. SCATTOLIN

Los objetos arqueológicos con rasgos sexuados han recibido irregular atención en la investigación arqueológica del pasado prehispánico del Noroeste argentino (NOA). De manera general, parece haber una mayor preocupación por los roles sexuales entre los arqueólogos de fines del siglo XIX y principios del XX, que en momentos posteriores. Varios de ellos, como por ejemplo Adán Quiroga o S. Lafone Quevedo, se preocuparon por entender e interpretar las figuras femeninas y masculinas que poblaban la iconografía presente en los objetos arqueológicos. Pero, más allá del interés por las figuras femeninas o masculinas en el pasado, mi propósito apunta más bien a contribuir a una discusión de las relaciones de desigualdad y dominación que anidaban en las sociedades aldeanas del Noroeste argentino ya que las distinciones sexuales, organizadas según la división en géneros relacionales, podrían constituir uno de los principios en los cuales se fundaron los llamados “procesos de jerarquización” de dichas sociedades.

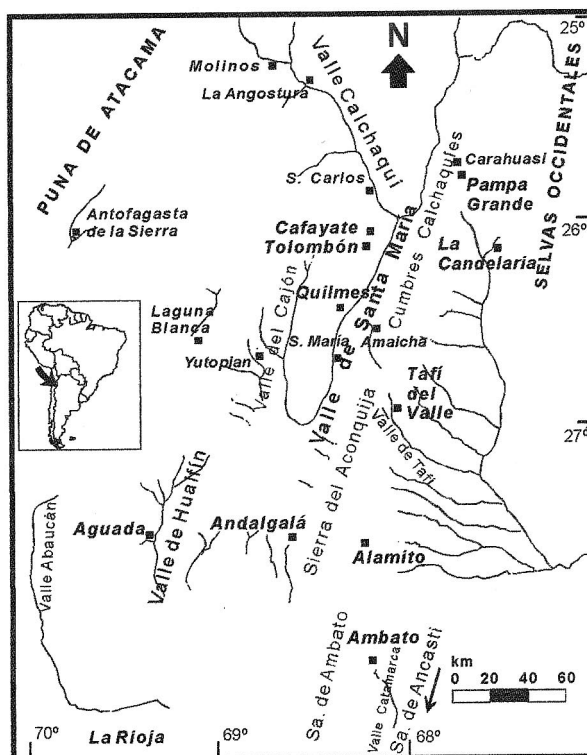
El valle de Santa María o Yokavil (Figura 1) no ha contado con suficientes estudios estilísticos de la cultura material del Período Formativo. Para remontar este desconocimiento por mucho tiempo ha habido una tendencia a imaginar el P. Formativo del valle por referencia a elementos ya definidos con anterioridad en otro lugar; básicamente con las áreas más al sur como Hualfín-Alamito cuyos iconos más representados son “el guerrero” y “el jaguar”. Mientras que al este de Santa María, los estilos corrientes son el de Candelaria, tradicionalmente atribuido al sector sur de las Selvas Occidentales, y el estilo común en el valle de Tafi.

A fin de conocer la cultura material local, he emprendido el registro de antiguas colecciones de Yokavil (Scattolin 2000 y 2001). Así, en la colección Zavaleta del Field Museum of Natural History de Chicago, he hallado cierto número de representaciones femeninas poco conocidas, y entre ellas, una hidriáfora, esto es, “una mujer que carga un cántaro”, motivo representativo que tanto Uhle como Ambrosetti hace casi cien años habían señalado que existía en el NOA (Uhle 1912, Ambrosetti 1906). La colección Zavaleta constituye uno de los corpus patrimoniales más abundantes obtenidos del valle de Santa María. Ahora bien, en este trabajo no me detendré en el análisis del conjunto de piezas formativas de la colección (ver Scattolin 2001) sino que enfocaré los ejemplares relacionados a la presente cuestión.

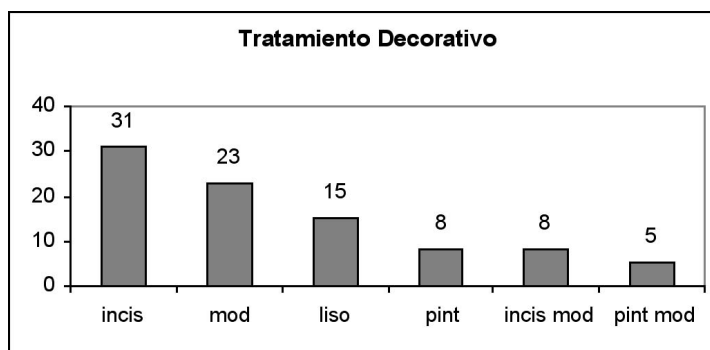
El estudio abarcó el registro de más de cuatrocientas piezas. De éstas, se determinaron 91 recipientes como Formativos, según criterios de forma, manufactura y decoración, todos procedentes del sector centro-norte del valle. Un tercio (32%) de esta submuestra de 91 piezas comprende vasijas de tipo efigie, es decir son recipientes en cuya forma está involucrada la figuración del personaje representado; o sea, son vasijas prosopomorfas. La imaginería representativa tiende mayoritariamente a la figuración de seres humanos y aves. La mitad de los vasos efigie son antropomorfos, y dos ejemplares pueden ser identificados como femeninos por sus caracteres sexuales secundarios (Figuras 2 a 5).

La pieza de la Figura 6, con procedencia de Quilmes, representa lo que para Uhle habría sido “una mujer que carga un cántaro”. Este tema de la hidriáfora ha sido mencionado previamente para piezas con otras procedencias, como las mujeres —sentadas o arrodilladas— en el estilo Aguada-Ambato, que

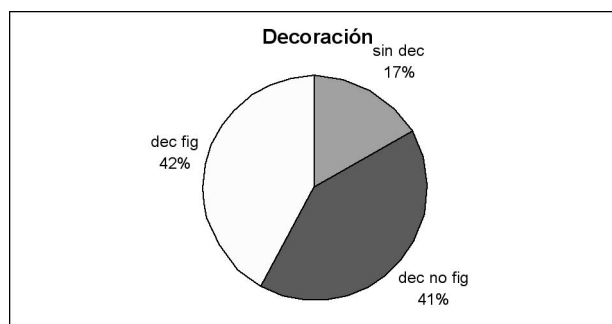
* CONICET, Museo Etnográfico, UBA



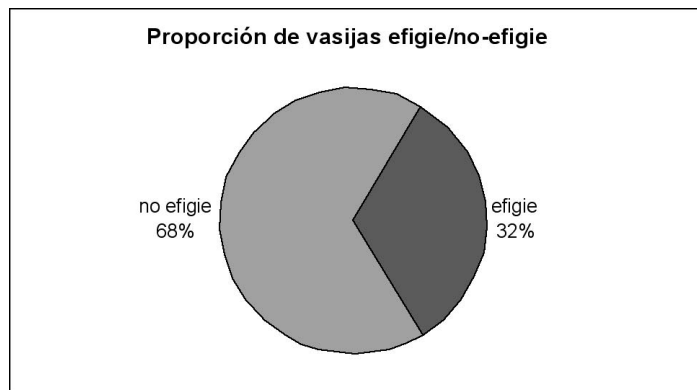
▲ Figura 1. El valle de Santa María y alrededores.



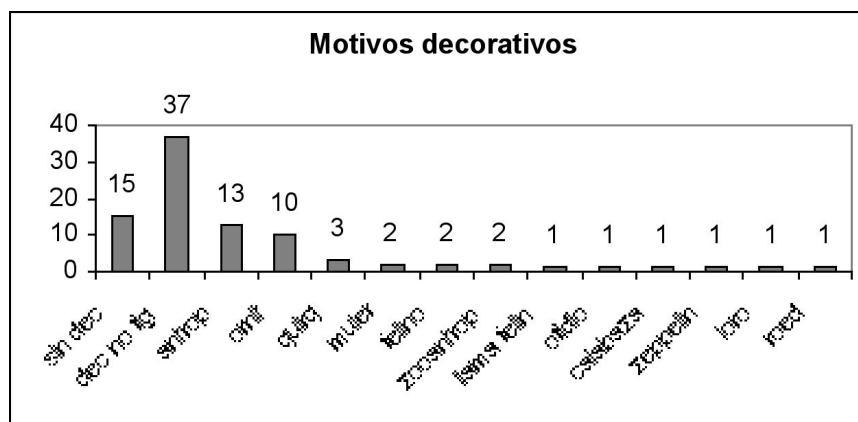
▲ Figura 2. Colección Zavaleta. Piezas formativas (n=91). Cantidad de piezas según el tipo de tratamiento decorativo.



▲ Figura 3. Colección Zavaleta. Piezas formativas (n=91). Porcentaje de vasijas con decoración figurativa/no figurativa/sin decoración.



▲ **Figura 4.** Colección Zavaleta. Piezas formativas (n=91). Porcentaje de vasijas de tipo efigie.



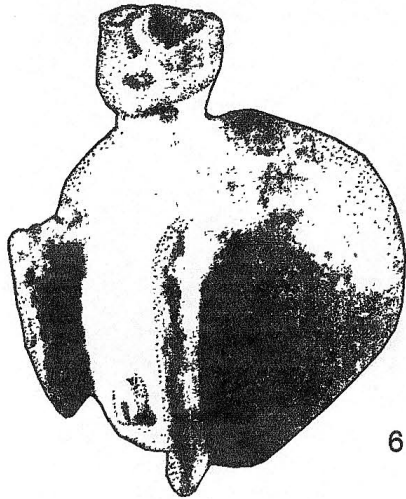
▲ **Figura 5.** Colección Zavaleta. Piezas formativas (n=91). Cantidad de piezas según los motivos decorativos presentes.

es el ejemplar señalado por Uhle (Figura 7), en el estilo San Francisco (Figura 8), en el estilo Vaquerías (Figura 9) y en el estilo Candelaria (Figuras 10 y 11), pero en el caso de la pieza de Yocavil se trata de una cerámica gris lisa, con rostro modelado, piernas dobladas y la vulva muy notable. Ambrosetti considera que el ejemplar que obtuvo en Carahuasi (Figura 12), también representa el mismo motivo, aunque no tiene rasgos anatómicos sexuales.

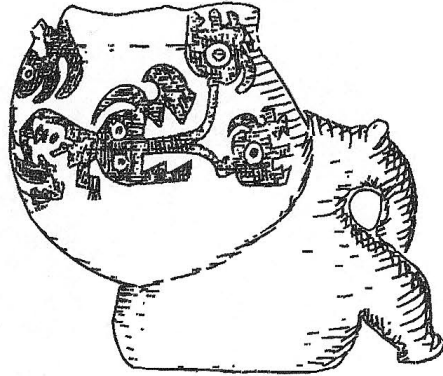
El segundo ejemplar femenino (Figura 13) de la colección Zavaleta, presenta un orificio entre las piernas y nalgas abultadas, que se ven de espaldas, no carga un cántaro, ella misma es la vasija. Otro ejemplar de mujer-vasija es una pieza con procedencia de Tolombón con vulva marcada y piernas rechonchas (Figura 14). Vasos similares hay también en la colección Hirsch, si bien son de procedencia desconocida (VV. AA. 2000). Finalmente, hay que recordar aquí la vasija (Figura 15) que procede del interior de una urna excavada en la ciudad de Santa María (González 1977:141, Weiser 1920-28).

Las representaciones femeninas también están presentes en los objetos no cerámicos como figurinas de piedra, y de manera similar esto se da también en la submuestra con procedencia del valle vecino de Tafi (Figura 16) o del valle Calchaquí en una pieza Vaquerías de la colección (#102.292). Varias figuras femeninas son conocidas de otras procedencias y colecciones (por ejemplo, Cigliano et al. 1976: Lám. VII) pero es difícil estimar su cantidad y distribución espacial. Rasgos corrientes de manera general en tales figuras son la representación de los brazos en arco sobre el pecho, cejas pronunciadas, trenzas, diseños en el rostro y también en menos casos la postura arrodillada, inclinada por la carga o sentada.

El resto de los ejemplares antropomorfos de la colección Zavaleta no pueden ser asignados a



6



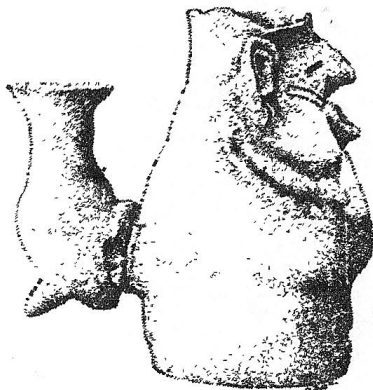
7



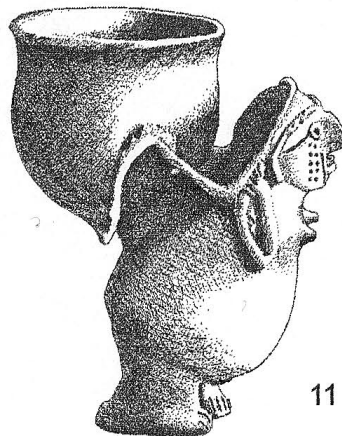
8



9



10

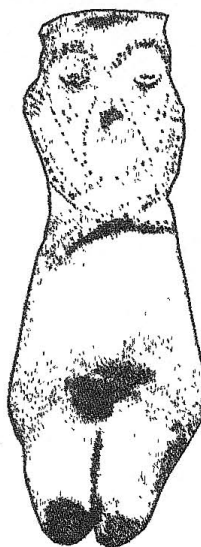


11

▲ **Figura 6.** Hidriáfora. Quilmes; alt. 10,5 cm; Col. Zavaleta Chicago N° 100.754.
Figura 7. Andalgalá; alt. 15 cm (tomado de Bregante 1926).
Figura 8. Mujer cargada; alt. 18 cm (tomado de Dougherty 1977).
Figura 9. Mujer cargada; Valle de Hualfín; alt. 15 cm (tomado de González 1956).
Figura 10 y 11. Cargando un cántaro (tomado de Serrano 1967).



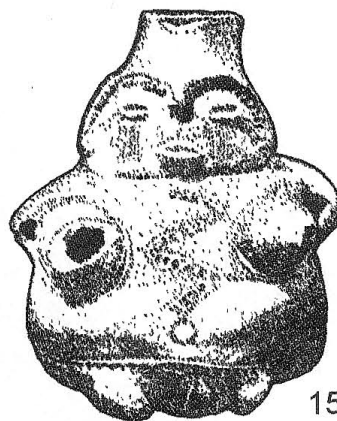
12



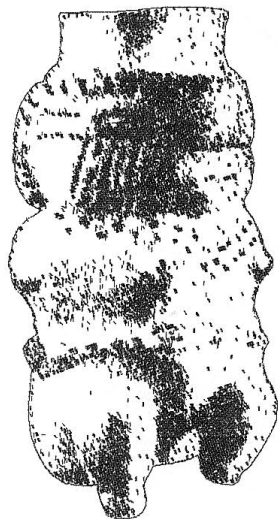
13



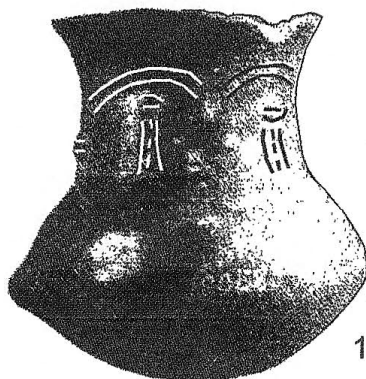
14



15



16



17

▲ **Figura 12.** Carahuasi; alt. 24 cm (tomado de Ambrosetti 1906).

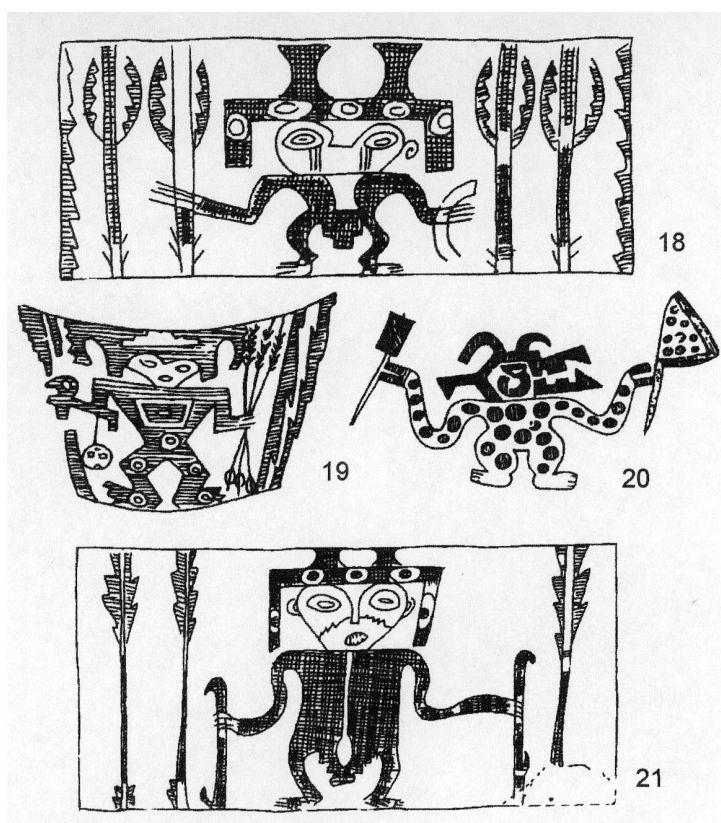
Figura 13. Mujer-vasija; Cafayate; alt. 14,5cm; Col. Zavaleta-Chicago N° 100.614.

Figura 14. Mujer-vasija; Tolombón; alt. 18 cm (tomado de Imbelloni 1952)

Figura 15. Mujer-vasija. Santa María; alt. 11,5 cm (dibujo sobre foto de González 1977).

Figura 16. Mujer-vasija; Tafí del Valle; alt. 11 cm; Col. Zavaleta-Chicago N° 100.700.

Figura 17. Vasija antropomorfa. Amaicha; alt. 9,5 cm; Col. Zavaleta-Chicago N° 100.680.



▲ **Figura 18, 19, 21.** El guerrero y sus atributos; valle de Hualfín (tomado de González y Baldini 1991).
Figura 20. Ambato (tomado de González y Baldini 1991).

ningún sexo, pero mantienen los rasgos decorativos. Usualmente es el rostro el que se presenta en la porción del cuello de los recipientes, acompañado a veces de indicaciones de peinados, tatuajes o lagrimones (Figura 17).

Como se sabe, la representación más afamada de la figura humana en el primer milenio A. D. en el área central del NOA, es la del “guerrero”, o “el sacrificador”, presente en la cerámica de Ambato y Hualfín (Figuras 18 a 21).

El personaje del guerrero-sacrificador podría tener múltiples aspectos manifestados con elocuencia por sus posturas y atributos asociados. Entre sus atributos más característicos está el de presentarse erguido y con el cuerpo de frente, portar armas, hachas y cetros sostenidos en sus brazos elevados, llevar trofeos de cráneos humanos colgados de su costado o estar cubierto con una máscara de un felino de amenazantes fauces. Más raramente aparece con sus atributos sexuales fenotípicos, y en tales casos se representan genitales masculinos. Pocas veces se ve de espaldas.

De esta figura emblemática del “estilo Aguada” se han estudiado sus variantes, patrones de diseño, motivos asociados, detalles de manufactura, relaciones con mitos, creencias religiosas y jerarquías sociales (ver entre otros, Bedano, Juez y Roca 1993, González y Baldini 1991, González 1998, Gordillo 1998, Kush citada en González 1998, Pérez Gollán 2000), pero su papel en la construcción sexuada del mundo se ha tratado escasamente.

Como se sabe, este personaje se asocia a la idea de una figura, seguramente un varón, cuyo poder se basa en la manipulación de prácticas y saberes shamánicos, por su relación con poderes sobrenaturales y por su agresividad, y podría estar representando quizá a un oficiante ritual o shamán-sacerdote, un líder de aspecto violento, el representante terrenal de una deidad solar andina, o más generalmente un individuo de mayor jerarquía.

De más está decir que esta figura, muy masculina, contrasta con los personajes de Yocavil, donde la imagen de la mujer parece ser lo más frecuente, junto con las efigies de aves. En la colección Zavaleta-Chicago ninguna pieza presentó la imagen de “el guerrero-sacrificador” o trofeos de cráneos y “el felino” es notable por su escasez y excepcionalidad. En cambio, muchas de las piezas de Yocavil

presentan atributos compartidos con el estilo corriente en Tafi o con el de Candelaria, uno de los pocos en los que se reconoce la imaginería femenina.

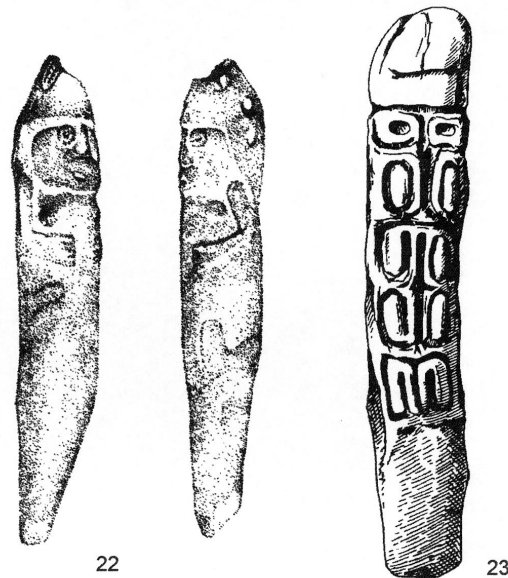
Un rápido vistazo a la literatura arqueológica del NOA deja ver que a medida que fuimos conociendo más de cerca el guerrero-sacrificador se fue desdibujando desde la época de los antiguos arqueólogos la imagen de la mujer del cántaro, y de la mujer en general. Por otra parte, a la vez, se ha venido sosteniendo que las poblaciones de Ambato-Hualfin habrían sido las promotoras del cambio principal desde las sociedades igualitarias hacia las jerárquicas en la historia del NOA, y un foco de innovaciones culturales e ideológicas (Núñez Regueiro y Tartusi 1990; Pérez Gollán 1991). Este proceso de conocimiento y el propio interés por la dinámica de jerarquización en las sociedades del NOA se han dado sobre todo en los últimos años y es correlativo de una declinación de la intensidad de trabajo en el área sur de las Selvas Occidentales.

Es posible que la discontinuidad de estudios sobre la “cultura Candelaria” haya incidido en el desbalance que hoy se observa, pero además plantea un alerta acerca de la cristalización de conocimientos desigualmente profundos y elaborados en distintos momentos a través de la historia de las investigaciones. Este proceso se comprueba con el siguiente hecho: en términos estrictamente históricos todo el mundo aceptará que la tradición Candelaria es contemporánea de la tradición Aguada (Heredia 1974) y sin embargo en la práctica y en la narrativa arqueológica, y a veces en un sentido evolutivo procesual, siempre se ha descrito a la “cultura Candelaria” (y también a la “cultura Tafi”), en primer lugar, junto con otras sociedades aldeanas antiguas¹, como un precedente de las sociedades jerárquicas y con antelación a la “cultura Aguada”, aunque todavía no haya estudios que exploren si hubo o no procesos de jerarquización en los sitios que presentan cerámica de estilo Candelaria².

Ello sugiere que habría que evitar la cristalización de una serie de ideas y de asociaciones no explicitadas, que se deslicen impensadamente y que se condensan como esencias para pintar un cuadro de las sociedades aldeanas del NOA, como la que quedaría expresada en el esquema siguiente:

masculino : Andes : innovación : jerárquico : complejo, evolucionado : Aguada : P. Medio
femenino : Selvas : continuidad : igualitario : primigenio : Candelaria : P. Temprano

De modo que, estando alerta acerca de esta situación, mi interés se volcó a indagar si y en tal caso cómo las representaciones sexuadas usadas en la cultura material, contribuyeron a conformar la estructura de relaciones sociales del primer milenio A. D.



▲ **Figura 22.** Monolito con figura de alter-ego, la mujer-saurio de Alamito; alt. 100 cm (tomado de González y Núñez Regueiro 1960).

Figura 23. Monolito fálico de Tafi del Valle (tomado de Bruch 1911)

Los objetos arqueológicos que examiné parecen confirmar lo que han enseñado las ciencias sociales: que el orden sexuado del mundo esto es, la jerarquía de los sexos, es una construcción social. Según Bourdieu (1990): la definición de los cuerpos, para producir “ese artefacto social que es un hombre viril o una mujer femenina” (op. cit.: 20) es “el producto de todo un trabajo social de construcción”; dicha construcción depende de una continua y siempre renovada tarea que involucra todo el sistema de relaciones sociales de producción y reproducción y de un sistema de representaciones que, a través de equivalencias, analogías y oposiciones, “organiza la visión del mundo”. Los cuerpos se tornan así “soportes privilegiados de significaciones y de valores” que están de acuerdo con esa visión y especialmente con la división sexuada del mundo (op. cit.: 14).

A manera de ejemplo, el etnógrafo Rafael Karsten ha referido para los jíbaros que: “Los indios piensan que el vaso de arcilla es una mujer” (citado por Levi-Strauss 1986: 29). Esto muestra un discurso que pone en correlación (equivalencia, analogía) *ciertos cuerpos con ciertos objetos materiales*, arrastrando con ello una categorización, un principio de objetivación, de clasificación o distinción, es decir, a lo que Miller se refirió con “artefactos como categorías” (1985).

La arqueología no cuenta con discursos categorizadores, clasificadores o legitimadores de distinciones sociales. Pero sabemos que gran parte del aprendizaje de los roles sexuales se realiza en el seno del mundo social “aprendiendo a vestirse ... apropiándose insensiblemente de la forma correcta de portar el cuerpo” (Bourdieu 1990:20), de moverse, de caminar, de presentarse ante los demás, de encargarse de ciertas tareas y trabajos, como transportar cántaros y lavar los platos, u oficiar rituales, cortar cabezas e ir a la guerra; actividades y tareas que tienen distinta significación o valor social. Se imprime así en los cuerpos “un verdadero programa de percepción, apreciación y acción ... en calidad de estructura fundamental del orden social” (op. cit.: 12). La mayoría de este aprendizaje puede “permanecer tácito”, y recurrir poco a órdenes explícitas (op. cit.: 20). Y es a través de este “formidable trabajo de socialización que las identidades distintivas” se incorporan bajo la forma de gestos, posturas, maneras encarnadas en los cuerpos y en los hábitos que se diferencian claramente “según el principio de división dominante” (op. cit.: 13).

La socialización “tiende a inculcar maneras de llevar el cuerpo ... que son copias de una ética... y de una cosmología... y al estar sexualmente diferenciadas... expresan prácticamente las oposiciones fundamentales de la visión del mundo”, como la mujer arrodillada y el hombre erguido. Estas diferencias construidas también están fundadas en “diferencias económicas, ... que están en la base de la división del trabajo entre los sexos”. Todas esas formas de portar y usar el cuerpo constituyen en última instancia una moral, una política... “una política incorporada” (op. cit.: 20).

Una de las posibles estrategias aldeanas de inversión simbólica (Bourdieu 1994) productora de diferenciación social ha sido la usual asignación de valor simbólico a las prácticas y tareas cotidianas o rituales, distinguiéndolas y categorizándolas en relación con los sexos e instituyéndolas como principio de las diferencias jerárquicas entre géneros relacionales, mediante su producción en el mundo material, como las del conjunto aquí examinado.

De modo que si, se considera que la cultura material, objetos, espacio habitado, paisaje “natural”, están en el sistema viviente cargado de significaciones, están categorizados y son categorizantes, se pueden examinar estructuraciones de atributos arqueológicos (co-ocurrencias, divergencias, exclusiones mutuas) en relación con la dimensión sexual. En el caso estudiado las posturas y ocupaciones se entrecruzan con la distinción de los sexos.

La mujer con sus brazos en arco sobre el pecho o cargando un peso a la espalda, llevando cántaros, en cuclillas, representada en objetos efigie de diversas manufacturas; el hombre sosteniendo cetros, armas, oficiando rituales, de frente, erguido, sesgadamente representado en los objetos de la mayor calidad técnica. Esto señala que esas posturas, gestos y prácticas, quedaron objetivadas de esa manera a través de la representación en la cultura material y que la convivencia con esas imágenes sin duda acarrearán principios de distinción y clasificación. Esta producción de figuras en vasijas constituye sólo una parte de todo el trabajo social necesario para obtener de los hombres y las mujeres las disposiciones normalmente unidas a su comportamiento.

Aparte de las vasijas, la expresión material de manipulación estatutaria de distintas posiciones sociales relacionadas con categorías sexuadas queda de manifiesto en el despliegue de tales distinciones en espacios comunitarios a través de objetos de prominente instrumentalidad visual, es decir, aquellos que sirven para ser mirados.

Las figuras sexuadas en estelas o menhires de piedra del NOA como el extraordinario monolito esculpido de la mujer-saurio (Figura 22), que habría estado erguido entre dos plataformas ceremoniales de un sitio de Alamito³ (González y Núñez Regueiro 1960) o los varios menhires fálicos, felínicos y

antropomorfos de Tafi del Valle (Figura 23), que se ubicaban al frente de conjuntos residenciales y alrededor de montículos (Bruch 1911) o en puntos de acceso a sectores productivos pastoriles (Aschero y Korstanje 1995, García Azcárate 1996), representan también expresiones materiales objetivadas, de tales estrategias de atribución e inversión simbólica convenientes para aumentar el capital de reconocimiento de una cierta categoría social y a la vez sexual. Pero aquí se manifiestan —con fuerte impacto visual (Gosden 2001)— no sobre una vasija sino en el espacio comunal colectivo de la unidad doméstica, linaje, clan o grupo de parentesco, y así contribuyen a instituir uno de los principios que fundan las diferencias estatutarias y a la vez sexuadas entre segmentos sociales; de un modo en el que espacio, política y sexo se imbrican uno en otro en la construcción jerarquizada de esos segmentos sociales.

De manera similar la presencia de representaciones sexuadas en materiales de alta calidad, como podrían ser las de estilo Aguada, asociados a montículos ceremoniales y túmulos (González 1998) sugiere estrategias semejantes a nivel comunitario o supracomunitario. Sus posiciones en un espacio cargado de significaciones —arriba/abajo, hanan/hurin, superior/intermedio/inferior, oeste/este, urco/uma, derecha/izquierda, norte/sur, alto/bajo, o cualesquiera otras— recuerdan que, desde su nacimiento, cualquier persona caminará por un “mundo de objetos” —mudos pero elocuentes— que irán cargando su propio cuerpo de los mismos principios que rigen ese mundo, en forma de disposiciones, que, como “resortes ocultos”, estarán listos para actuar de acuerdo con tales principios, sea a favor o en contra.

Por eso se puede sostener que una de las dimensiones principales —junto con ordenaciones espaciales y temporales, diferencias por vinculaciones de parentesco, etc.— por las cuales se estructuraron las jerarquías sociales y políticas, en el primer milenio después de Cristo ha sido la dimensión sexual, que ha sido aprovechada como uno de los clivajes privilegiados para proyectar la estructura de relaciones sociales, económicas y simbólicas.

Y cuando se pregunta con desconcierto qué suerte de magia hizo que las personas abdicaran su autonomía en favor de otras, o menos dramáticamente, cómo pudo darse consentimiento a una dominación que condujo a la institucionalización de jerarquías sociales y estatus subordinados en el NOA, en principio, habría que considerar que cualquier acción de institucionalizar eficazmente unas categorías, cualquier acción clasificatoria, cognitiva, categorizante de individuos “es en realidad sólo el producto de miles de acciones y efectos producidos por agentes que por sí mismos actuaron como otras tantas mentes clasificatorias cognitivas independientes aunque objetivamente orquestadas” sobre la base de disposiciones socialmente construidas (Bourdieu 1996:1). “Inversamente, el análisis de los actos de construcción...”, vasijas, casas, poblados, arquitectura ceremonial, ritos, discursos, guerras, “... llevados a cabo por los agentes, en sus representaciones tanto como en sus prácticas, se vuelve significativo si también nos imponemos la tarea de aprehender la génesis social de las estructuras cognitivas que los agentes implementaron en ellas” (op. cit.: 1).

Pienso por tanto que habría que reorientar entonces la cuestión sobre la institucionalización de estatus subordinados enfocando los fundamentos que se habrían puesto en operación para producir e instituir con éxito distinciones jerárquicas, y plantearse más bien si éstos se establecieron en conformidad con, entre otras, unas estructuras sexuadas subyacentes y sobre la base de “habitus” sexuados incorporados, es decir, disposiciones históricamente engendradas, que han sido la “condición escondida de su eficacia en apariencia mágica” (Bourdieu 1990).

Notas

1. Para esto, aquí no puedo más que apelar, dadas las restricciones de espacio, a los varios volúmenes generales que tratan la historia cultural prehispánica del NOA y que se han publicado a través de los años, donde se comprobará lo que digo; sólo por dar un ejemplo, ver González 1998:282 a 285. Otra práctica es la de designar bajo el rótulo de “Aguada”, sitios que contienen cerámica de estilo Candelaria, como el de La Angostura en el Valle Calchaquí (Raffino et al. 1982; Núñez Regueiro y Tartusi 1993:25).
2. Por otra parte, debe notarse que el conjunto de dataciones para la cerámica de estilo Aguada, en los últimos años ha experimentado modificaciones que suponen una longitud temporal considerablemente mayor de la que inicialmente se había establecido, tanto hacia atrás en el tiempo como hacia delante (Gordillo 1999, Baldini et al. 2000).
3. Nótese aquí la posición prominente y visible ocupada por una figura femenina/saurio.

Bibliografía

AMBROSETTI, J. B. 1906 *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande* (Provincia de Salta) Publicaciones, Sección Antropología, 1. Universidad de Buenos Aires.

- ASCHERO, C. y M. A. KORSTANJE 1995 Sobre figuras humanas, producción y símbolos. Aspectos el arte rupestre del Noroeste argentino. *Volumen XXV Aniversario del Museo Arqueológico Dr. Eduardo Casanova*. Instituto Interdisciplinario Tilcara. UBA. Tilcara.
- BALDINI, M., J. CARBONARI, G. CIEZA, M. E. DE FEO, M. F. DEL CASTILLO BERNAL, R. HUARTE, A. FIGINI, A. R. GONZALEZ y J. TOGO 2000 ms. Primer análisis de la cronología obtenida en el sitio Choya 68. Trabajo presentado a la IV Mesa Redonda "La cultura de La Aguada y su dispersión". 11 al 14 de octubre del 2000. San Pedro de Atacama, Chile.
- BEDANO, M. C., SOFÍA JUEZ y M. D. ROCA 1993 Análisis del material arqueológico de la colección Rosso procedente del Departamento de Ambato, Provincia de Catamarca. *Publicaciones 7*. Instituto de Arqueología de Tucumán.
- BOURDIEU, P. 1990 La domination masculine. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 84: 2-31.
1994. *Stratégies de reproduction et modes de domination*. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 105:3-12.
1996. *The State Nobility*. Translated by Laretta Clough. Stanford University Press. California.
- BREGANTE, O. 1926 *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste argentino*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- BRUCH, C. 1911 Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca. *Revista del Museo de La Plata*, 19. La Plata.
- CIGLIANO, E. M., R. RAFFINO y H. CALANDRA 1976 La aldea formativa de La Cuevas (Provincia de Salta). *Relaciones* X:73-130. Buenos Aires.
- DOUGHERTY, B. 1977 Análisis de la variación cerámica en el complejo San Francisco. *Obra del Centenario del Museo de La Plata* II:237-252.
- GARCÍA AZCÁRATE, J. 1996 Monolitos-Huancas: Un intento de explicación de las piedras de Tafi (Rep. Argentina). *Chungará* 28:159-174. (imprs. 1998). Universidad de Tarapacá.
- GONZÁLEZ, A. R. 1956 La cultura Condorhuasi del Noroeste argentino (Apuntes preliminares para su estudio) *Runa* VII: 37-85. Buenos Aires
1977. *Arte precolombino en la Argentina*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.
1998. *Arte precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y Diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, A. R. y M. BALDINI 1991 Función y significado de un cerámico de la cultura La Aguada. Ensayo de interpretación. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*. 5:23-52. Santiago.
- GONZÁLEZ, A. R. y Víctor A. Núñez Regueiro 1960 Apuntes preliminares sobre la arqueología del Campo de Pucará y alrededores (Dpto. Andalgalá, Pcia. de Catamarca). *Anales de Arqueología y Etnología* 14-15:115-162. Mendoza.
- GORDILLO, I. 1998 Del barro a la figura. En: *Homenaje a Alberto Rex González. 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la Antropología Argentina*. pp. 285-307. FADA, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Buenos Aires.
1999. Problemas cronológicos del Periodo Medio en el Noroeste Argentino. *Actas del XII Congreso Nacional Arqueología Argentina*, Tomo II: 362-371. La Plata.
- GOSDEN, C. 2000 Making sense: archaeology and aesthetics. *World Archaeology* 32(2):163-167.
- HEREDIA, O. R. 1974 Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales. *Revista del Instituto de Antropología*, V:73-132. Córdoba.
- IMBELLONI, J. 1952 Dos nómulas sobre alfarería del Noroeste argentino. *Runa* 5: 84-109.
- LAFONE QUEVEDO, S. 1908 Tipos de alfarería de la región diaguita-calchaquí. *Revista del Museo de La Plata*, XV:295-396.
- LEVI-STRAUSS, C. 1986 *La alfarera celosa*. Traducido por C. Molina. Paidós, Barcelona-Buenos Aires.
- MILLER, D. 1985 *Artefacts as categories*. Cambridge University Press, Cambridge.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V. A. y M. TARTUSI 1990. Aproximación al estudio del área pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos del INA* 12:125-160. Buenos Aires.
- PÉREZ GOLLÁN, J.A. 1991 La cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. *Publicaciones del CIFYH*, 46:157-173. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba.
2000. El jaguar en llamas (La religión en el antiguo Noroeste argentino). En: *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*, M. Tarragó (dir.) Tomo I: 229-256. Ed. Sudamericana. Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A.; G. RAVIÑA, L. BALDINI y A. IÁCONA 1982 La expansión septentrional de la cultura La Aguada en el N.O. argentino. *Cuadernos del I.N.A.* 9:179-82. Buenos Aires.
- SCATTOLIN, M. C. 2000 Santa María durante el Primer Milenio A. D. *¿Tierra baldía? Årstryck* 1995-1998: 63-83. Etnografiska Museet i Göteborg.
2001. ms. Los ancestros de Calchaquí: una visión de la colección Zavaleta. VI Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, FHYCS-UNJu. *Cuadernos FHYCS-UNJu*. Jujuy, en prensa. Ms. 2000.
- SERRANO, A. 1997 Historia cultural del Tucumán prehispánico. *Ampurias* XXIX:1-91. Barcelona.
- UHLE, M. 1912 Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina. *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, pp. 509-540. Buenos Aires.
- VV. AA. 2000 *Caminos Sagrados. Arte precolombino argentino*. Catálogo de la Colección de la Cancillería Argentina. Fundación Proa. Buenos Aires.
- WEISER, W. 1920-28 Diarios y libretas de campo inéditas de las expediciones B. Muñiz Barreto. Departamento Arqueología. Museo de La Plata.